

trario, considerado en cuanto tal, apenas experimenta conmociones del ánimo, sino que, consciente de sí mismo, de Dios y de las cosas con arreglo a una cierta necesidad eterna, nunca deja de ser, sino que siempre posee el verdadero contento del ánimo» (ibid., pp. 84-85). Lo cierto es que entre la vida del ignorante sometido a la falsedad y la mentira y el sujeto tan singular del conocimiento *sub specie aeternitatis*, nos encontramos realmente con la vida de la gran mayoría de sujetos capaces para la acción racional, ética, política y democráticamente capaces de superar la superstición, el dogmatismo, la falsa religión y que, sin embargo, aún no han accedido, y es muy posible que no accedan nunca, a esa comprensión o conocimiento propio del tercer género («tan difícil como raro»). Si nos jugáramos todo en esta vida a blanco o negro, condena permanente o contento definitivo, al propio Spinoza no le hubiera compensado el esfuerzo teórico.

Lo curioso del caso es que, tratando de las emociones, la autora toca en relación al tercer género de conocimiento, sin apenas percatarse de ello, el asunto que ella misma había iniciado en su primera aproximación al spinozismo. En efecto, las emociones positivas (ahora ya podemos llamarlas así) que acompañan las ideas inadecuadas derivadas de las pasiones alegres no son clausuradas del todo, no pueden serlo, en el segundo género racional de conocimiento, y cabe preguntarse si no llegan transformadas a su máxima potencia en este tercer género, convirtiendo la «ciencia intuitiva» en algo muy parecido a aquello que Victoria Camps reclamaba, intuitivamente, como imaginación ética.

Vicente HERNÁNDEZ PEDRERO

DELIASSUS, Éric : *De l'Éthique de Spinoza à l'éthique médicale*, Préface par Jaqueline Lagrée, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2011, 339 p.

Este libro de Eric Delassus, originado en una tesis doctoral sobre la dimensión médica de la ética spinozista, se halla en las antípodas del academicismo característico de este tipo de trabajos. El autor, apoyándose en su propia experiencia como miembro de un comité de ética hospitalario y como formador de personal sanitario, lleva a cabo mano a mano con Spinoza una reflexión serena, impregnada de sensibilidad y realismo sobre la dimensión ética de la conducta humana en relación con la enfermedad y con la muerte.

En el Prefacio, Jacqueline Lagrée— directora de la tesis y autora de un libro de temática afín titulado *Le médecin, le malade et le philosophe*, (2002)— advierte al lector que no tiene entre las manos un trabajo más de historia de la filosofía, sino un libro que invita a pensar spinozianamente, es decir éticamente, esos hechos inevitables de toda existencia humana. Por otra parte, la importancia práctica de una tal reflexión— en sí misma interesante— se agranda debido a su eventual repercusión no sólo sobre la conducta del enfermo sino también sobre la de sus cuidadores (médicos, enfermeros, familiares y trabajadores sociales). Lo que justifica la actualidad del asunto.

El punto de partida es el hecho universal de la enfermedad, la enfermedad no como objeto científico sino como experiencia concreta que provoca un desagradable cambio en las costumbres habituales de la persona y de su entorno: horarios y costumbres, placeres, intereses, regímenes, etc. La enfermedad empuja al hombre a restringir su campo de atención tenién-

dose presente a sí mismo todo el tiempo, encerrado dentro de sí y limitado por su propia miseria. Con un proyecto vital repentinamente obstaculizado por unas circunstancias indeseables, el enfermo puede sentirse rechazado por los demás e incluso culpable a causa de sus constantes atenciones y sacrificios. De ahí la necesidad de que el enfermo se forme una idea adecuada de su situación concreta, elabore una representación coherente de sí mismo en relación con los demás que no añada sufrimiento al dolor pero que tampoco sobrevalore la enfermedad. Mas eso sólo no basta: la representación coherente de sí es sólo el inicio de un proceso afectivo integral que ha de extenderse a todo el campo relacional integrado por el enfermo, su entorno familiar y los cuidadores, de manera que sus acciones contribuyan al aumento de la potencia de ser-actuar del enfermo optimizando con ello su resistencia a la enfermedad (p. 22). Por ejemplo, en el momento del diagnóstico conviene tener presente que si para el médico la enfermedad es una realidad fisiológica, para el enfermo es ante todo una situación social y psicológica. Además aquel percibe la enfermedad en tercera persona, mientras que el enfermo la vive como protagonista. Y es que la medicina en la que piensa Éric Delassus no encierra solamente la ciencia y la técnica, sino también el arte; es decir: una práctica individual que implica la acción de un sujeto sobre otro, lo que obliga a reflexionar sobre los fines del acto médico (cuidar del enfermo y curarlo) y no solo los medios generales que se van a emplear. En todo lo cual radica la dimensión ética de la medicina.

En el proyecto de Descartes la medicina tenía gran importancia, sin embargo, Spinoza es elegido por el A. en virtud de las ventajas y de la eficacia que aporta su filosofía a la noción integral de salud. En particular, la identidad mente-cuerpo se revela como una de las claves que « permet de penser une santé de l'esprit qui ne soit pas dépendante de celle du corps » (ibi), alejando con ello el falso voluntarismo del enfermo que únicamente aumenta su culpabilidad. Así pues, el propósito que encierran estas páginas llenas de sabiduría práctica es : « Aider le malade à continuer à vivre comme un homme libre, tel est le projet auquel pourrait conduire une éthique médicale s'inspirant de la philosophie de Spinoza » (p. 31).

El libro se encuentra dividido en cuatro grandes secciones. La primera (pp. 49-93) pone de manifiesto la proximidad de dos sensibilidades, la contenida en la ética spinoziana y la encerrada en los principios de la ética médica contemporánea— una y otra orientadas a conseguir la autonomía de la persona. El A. se apoya en los trabajos de Tom Beauchamp y James Childress (1994) cuando establece cuatro grupos de principios que orientan la ética médica en la actualidad. Estos son: el respeto a la autonomía personal, el evitar causar daño al enfermo, la búsqueda de su beneficio y la actuación con justicia atendiendo a un reparto equitativo de riesgos y costes. Éric Delassus reflexiona sobre la naturaleza de esos principios, lo que le permitirá delimitar la distancia de la ética de Spinoza con el consecuencialismo y el deontologismo.

La segunda parte (pp. 97-144) está centrada en la noción de *persona*, eje sobre el que descansa el peso de la argumentación. Es verdad que esa noción no forma parte del léxico categorial de Spinoza, sin embargo el autor recupera todos los vestigios que acreditan la preocupación del filósofo por el hombre concreto, compatible con su defensa a ultranza de la inexorabilidad de las leyes naturales. Así pues, una vez establecidas las condiciones iniciales de su reflexión, Delassus se pregunta: ¿Qué rasgos caracterizan un proyecto tal de medicina “spinozista”? Si la dimensión terapéutica de esa filosofía se cifra en la búsqueda de alivio para el sufrimiento moral del hombre con el fin de liberarlo de la servidumbre de las

pasiones tristes, la ética médica que el autor del libro quiere construir propone igualmente una relación médico-enfermo (que no “paciente”) de persona a persona, pensada sobre el modelo de hombres libres o que quieren serlo.

La tercera parte (pp. 147– 205) contiene una interesantísima reflexión sobre la frontera entre lo normal y lo patológico inspirada (aunque no sólo) en la conocida tesis de Canguilhem, que lleva a la cuestión del *conatus* del enfermo. Delassus considera –siguiendo a Spinoza– que la enfermedad es un hecho natural y necesario de la existencia humana, siempre exterior al *conatus* del enfermo (o deseo de perseverar en su ser propio), como también es exterior la muerte. Esa “exterioridad” explica su carácter accidental. Enfermedad y muerte, o mejor aún, la experiencia y la representación de una y otra, afectan poderosamente al hombre haciendo que su potencia se vea disminuida; por eso lo lógico es buscar ayuda para intentar vencerlas en lugar de dejarse vencer por ellas. Por lo demás, hay que subrayar que cada hombre, cada enfermo desea cosas diferentes según su grado de perfección o su *conatus*, de ahí que ni el progreso moral se produce siempre del mismo modo en todos los hombres, ni tampoco son igualmente válidas todas las formas del deseo humano.

La última sección del libro titulada «L’accompagnement du malade» es la más extensa (pp. 209– 318) y aborda pormenorizadamente los aspectos más teóricos de la ética spinozista a la vez que las aplicaciones prácticas de la sanación por el progreso del conocimiento, consiguiendo un difícil equilibrio teórico-práctico. En esta parte Delassus no evita las preguntas concretas sobre la conveniencia de una atención religiosa del enfermo, ni renuncia a hacer una reflexión personal a propósito del dolor y los cuidados paliativos, la legitimidad del aborto o la eutanasia, el rechazo de cuidados por parte del enfermo y la necesidad de una pedagogía ético-médica.

En el terreno de las conclusiones (pp. 319– 323) es obligado señalar la centralidad desempeñada por la noción de autonomía entre las aportaciones de Spinoza a la ética médica. Una tal noción implica el rechazo de la marginación tanto como el rechazo del paternalismo médico; y obliga a escuchar al enfermo sin renunciar a los avances técnicos. La autonomía de la persona enferma se adquiere por el conocimiento de la naturaleza de las afecciones del cuerpo propio en el conjunto de la naturaleza. Por eso esa autonomía es también solidaria y debe ser construida en un diálogo médico-enfermo. Y desde luego la autonomía médica spinozista debe ser también progresiva y creciente: Desde una comprensión de la enfermedad narrada por la imaginación y pasando luego al discurso elaborado por la razón científica, el enfermo intentará en la medida de lo posible avanzar a las formas intuitivas del conocimiento. Más como cada grado de conocimiento conlleva una cierta potencia de obrar, la máxima alegría y vitalidad es la que acompaña a la idea más “coherente” que el enfermo tiene de su propio cuerpo, de su existencia enferma. Esta idea emerge de la relación terapéutica médico-enfermo.

Aunque no siempre se puede lograr la optimización de la potencia vital del enfermo, la experiencia del autor testimonia la eficacia de la concepción expuesta tanto en el caso de enfermedades crónicas como en el de ciertas patologías agudas: el enfermo se vuelve capaz de producir normas de vida que le permitirán reconstruirse y adaptarse a su medio vital. Pero en todo caso, si la salud es potencia de ser, de obrar y pensar –antes que el “silencio de los órganos”– sucede que determinados enfermos manifiestan paradójicamente más potencia que algunos hombres saludables. Valga como ejemplo el caso del mismo Spinoza.

El libro que comentamos completa el análisis con una extensa bibliografía en lengua francesa, en la que se han incluido filósofos clásicos, como Claude Bernard y Xavier Bichat, autores actuales de temas de ética médica, como Jean-Claude Ameisen, Henri Atlan, Dominique Lecourt, Pierre LeCoz y Bertrand Vergely por mencionar sólo algunos, y también prestigiosos spinozistas de la talla de Sylvain Zac y Alexandre Matheron, Chantal Jaquet, Robert Misrahi, Bernard Rousset, Pierre-François Moreau así como la propia Jacqueline Lagrée. Todos ellos contribuyen a alumbrar desde sus respectivas áreas de especialidad la reflexión que el autor del libro lleva a cabo sobre Spinoza; Delassus cede la palabra al hombre enfermo en diálogo con todos sus cuidadores.

María Luisa DE LA CÁMARA

DI VONA, Piero: *Uno Spinoza diverso. L'Ethica di Spinoza e dei suoi amici*, Editrice Morcelliana, Brescia 2011 (“Testi e Studi”, Filosofia 21), 110 p.

Noto a livello internazionale per i suoi studi sull'ontologia di Spinoza (Firenze, 1960 e 1969), sulla Scolastica della Controriforma (Firenze, 1968) e sulla conoscenza *sub specie aeternitatis* (Napoli, 1995), con la piccola raccolta di scritti dedicata a *L'Ethica di Spinoza e dei suoi amici*, Piero Di Vona offre al lettore la possibilità di confrontarsi con uno Spinoza “diverso”, i cui testi sono indagati con acume e perizia filologica con riferimento soprattutto alla sua opera principale, *l'Ethica more geometrico demonstrata*.

A partire da alcuni spunti offerti dalla *Prefazione* agli *Opera posthuma*, Di Vona affronta la delicata e a suo giudizio “scabrosa” questione relativa al carattere “spurio” di alcuni passaggi dell'*Ethica*, come è noto pubblicata soltanto nel 1677, dopo la morte dell'Autore. L'ipotesi formulata dallo studioso salernitano è che gli amici cristiani di Spinoza cui si deve l'edizione degli *Opera posthuma* (appartenenti, peraltro, a correnti eterodosse assai diffuse nell'Olanda del tempo), siano intervenuti su certe parti dello scritto per difendere il pensiero del filosofo dagli attacchi dei calvinisti ortodossi che già avevano espresso le loro “rimostranze” a seguito della pubblicazione del *Tractatus theologico-politicus*. Questa operazione avrebbe, però, determinato la presenza di alcune “incongruenze” nel testo dell'*Ethica* che emergono in particolare dal confronto di alcune pagine del capolavoro spinoziano con la trattazione di temi analoghi nel *Tractatus theologico-politicus* e in alcune lettere.

Alla luce di queste considerazioni –si domanda dunque Di Vona nel primo saggio proposto– l'*Ethica* di cui disponiamo è a tutti gli effetti l'*Ethica* “di” Spinoza, oppure la presenza di alcuni passaggi, a suo parere “anomali” (nello specifico della IV e V Parte), dimostra l'intervento degli “amici” sul testo originario di mano dell'autore, di cui del resto non disponiamo? Un vero e proprio “giallo”, cui forse si potrà dare almeno in parte soluzione grazie alla recente scoperta, da parte di Leen Spruit e Pina Totaro, di un manoscritto apografo dell'*Ethica* anteriore alla pubblicazione degli *Opera posthuma* (redatto nel 1675 dal copista ufficiale di Spinoza, Pieter van Gent) a lungo giacente negli archivi della Biblioteca Vaticana dopo esser stato a suo tempo consegnato al Tribunale dell'Inquisizione, al quale era giunto affinché venisse esercitata su di esso la debita censura. Oltre a ribadire il carattere “perniciosissimo” e “mostruoso” dell'opera di Spinoza, come all'epoca ebbe occasione di sot-